

## CINCO HORAS CON MARIO O EL TIRO POR LA CULATA

Por JOSÉ MARÍA ALBERICH

La década de los 1950s vió la aparición de la llamada «novela social» española, que duró poco más que ella. Obras como «Los Bravos» (1954) de Fernández Santos, «El Jarama» (1956) de Sánchez Ferlosio, «Central eléctrica» (1957) de López Pacheco, «Gran Sol» (1957) de Aldecoa o «Nuevas amistades» de García Hortelano (1959), entre otras igualmente famosas y bien escritas, marcaron una tendencia que supo compaginar el despertar de una conciencia social con una forma literaria digna y artística, y sobre todo de una sobriedad encomiable, atribuible en gran parte, todo hay que decirlo- a la censura del régimen imperante. La traca final de esta escuela la proporcionó -rematándola y deshaciéndola- «Tiempo de silencio» (1962), la obra maestra de Martín Santos. Si bien por su contenido esta última novela se enmarcaba de lleno en el ámbito de la novela social, su estilo, alejándose del realismo dominante, trajo consecuencias impensables para los novelistas posteriores y literalmente enseñó a escribir a toda una generación de narradores, entre los que se hallaba, por ejemplo, Juan Goytisolo.

Por esos mismos años el ahora venerable y popular maestro Miguel Delibes se encontraba en las antípodas de sus contemporáneos. Su novela más aclamada, después de la que le ganó el Premio Nadal, era un perfecto anacronismo. «Mi idolatrado hijo Sisí» (1953), en efecto, volvía a la fórmula de la novela de tesis,

resucitaba las técnicas de Pereda en «De tal palo tal astilla» y pretendía ridiculizar el malthusianismo de un burgués liberal poniéndolo en contraste con el heroísmo de una familia falangista y numerosa. Yo imagino que no pasó mucho tiempo sin que Delibes se encontrase incómodo en esa postura. Por un lado, la burguesía española producía hijos en grandes cantidades y no necesitaba que le afeasen el control de la natalidad. Por otro, en aquellos tiempos había dos censuras: la estatal, que no dejaba decir nada ofensivo para la política del régimen; y la censura oficiosa de los intelectuales, que no permitía la más mínima debilidad a favor del «Establishment» ni nada que sonase a reaccionario, de modo que el pobre escritor se encontraba miedoso entre la Escila de la censura oficial y el Caribdis de las revistas literarias y las editoriales.

Un amigo y compañero de Academia sostiene que Delibes, como buen cazador que es, siempre ha sabido pegarse al terreno, y, si en 1953, ese rezagado pegarse al terreno podía consistir aún en defender la ortodoxia católica en lo religioso y anti-liberal en lo político, una década después, a mediados de los sesenta, en la era de los hippies y la canción protesta, era obvia la necesidad de cambiar de postura y pegarse a otro terreno. Eso es lo que logró Delibes, con grandísimo éxito, al publicar en 1966 su novela «Cinco horas con Mario», novela que encandiló a los progres y que aumentó la popularidad del novelista y así mismo su prestigio. Delibes se convirtió de la noche a la mañana en un santón de la anhelada democracia. En 1979, acabada ya la dictadura, la versión dramática, que aún se representa hoy día, de la misma obra, vino a consumir la canonización del escritor vallisoletano para las nuevas generaciones posfranquistas.

No quisiera insinuar que Delibes realizase estos cambios de postura por oportunismo. Creo más bien que los realizó por convicción, pero la cosa es que Delibes se convence muy fácilmente de lo que está en el ambiente. Es un buen escritor y un pobre ideólogo. Es también muy ingenuo al escoger las armas literarias con que cree defender sus posiciones; en este caso, tan antiguas y desprestigiadas como la novela de tesis. «Cinco horas con Mario» consiste en un largo monólogo y en este aspecto su técnica es impecablemente moderna, basada en el «stream of cons-

ciousness» que inició James Joyce y luego, muchos años después, continuaron en España Cela, Martín Santos y otros escritores. Delibes maneja perfectamente esas recurrencias obsesivas a los mismos detalles y anécdotas, de forma que el rompecabezas de alusiones, al principio obscuro, acaba delineándose ante los ojos del lector con completa claridad. Pero la relativa novedad de esta técnica no impide que siga tratándose de una novela de tesis, en el sentido que este término tenía en el siglo XIX, en autores como Pereda, Galdós o Pedro Antonio de Alarcón, y que consistía básicamente en inventar un personaje representativo de la ideología del novelista, al que se dotaba de todas las virtudes (los ingenieros de Galdós, o los hidalgos de Pereda), y unos adversarios cargados de todos los errores o los vicios que se querían fustigar. La fórmula, por supuesto, no convencía a nadie que no estuviese previamente convencido, entre otras razones porque era fácilmente reversible, es decir, los malos podían ser los progresistas o los reaccionarios, según las preferencias del autor, y viceversa. Por eso los escritores realistas decimonónicos abandonaron pronto dicha fórmula, y la abandonaron también, o mejor dicho, evitaron usarla, los cultivadores de la novela social contemporáneos de un Miguel Delibes que aún «tesificaba» en 1953 con «Mi idolatrado hijo Sisí».

Creo innecesario recordarles a Uds. con detalles lo que vulgarmente se llama el argumento de la novela, pero, por si no la han leído o no la recuerdan, he aquí su esquema: la historia comienza con la esquila mortuoria de un catedrático de instituto que ha muerto repentinamente, a los 49 años de edad, en una capital de provincia. Hay una breve descripción de las visitas de condolencia y el desorden propio de una casa en esas circunstancias, tras lo cual la viuda se encierra en una habitación a solas con el cadáver y pasa toda la noche evocando de forma desordenada pero muy expresiva su vida conyugal. Al clarear el alba entra el hijo mayor y se lleva a su madre para que descanse.

Se enfrentan, pues, dos personajes: uno que no habla, porque está muerto, pero cuya vida desfila retrospectivamente en el monólogo de su mujer, y ésta, que sí habla, repetitiva y enfáticamente, de su propia existencia y de todo lo que le disgustaba en su marido. Según Gonzalo Sobejano: «La defensa que la mujer

hace de sí es una acusación al hombre, de la que éste no puede defenderse; pero la misma acusación le defiende a él, mientras la defensa de ella viene a ser su propia acusación. Ironía, por tanto». En otras palabras: la intención del novelista es que Carmen, la mujer, nos resulte odiosa y que el difunto marido suscite nuestra piedad e incluso nuestra admiración. ¿Sucede así?

El personaje monologante, Carmen Sotillos, es una típica mujer de la clase media española de la posguerra; tiene las ideas y sentimientos habituales en esa clase de personas. Es, por supuesto, de derechas, lo que en esa época significaba ser monárquica o adicta al régimen de Franco. No llegó a terminar el bachillerato, y su convicción era que las mujeres no deben estudiar, sino casarse y dedicarse al cuidado de su marido y sus hijos. Tenía muy clara la división en clases sociales; al principio de la novela manda a la cocina al bedel del instituto y a otras personas modestas que venían a darle el pésame. Se avergüenza de que su marido fuese al trabajo en bicicleta, «que un catedrático no te digo que sea un ingeniero, pero es alguien, creo yo». Ejerce la caridad al estilo antiguo, visitando a los pobres y repartiendo a los niños chocolates y naranjas. Admira a los amigos y conocidos que han sabido medrar por medio de la política o de los negocios y siente poco aprecio en cambio por los «intelectuales», que ella considera aguafiestas y perturbadores de la paz social. Es también algo racista, o sea, no le gusta codearse con los negros, etc, etc. En otras palabras: es como las madres y como las tías de todos nosotros, o de casi todos nosotros, si bien Delibes intenta acentuar su reaccionarismo con rasgos exagerados e inverosímiles, como que defienda la Inquisición, o que apruebe que un guardia municipal pegue a su marido por cruzar el parque en bicicleta.

Su esposo y antagonista ideológico, Mario, es por el contrario un paladín de la nueva conciencia democrática y un católico posconciliar. Desde su cátedra de instituto y con sus colaboraciones en un periódico local llamado «El Correo», trata de difundir ideas liberales y tolerantes. Se preocupa por los pobres y tiene amistad con gentes humildes, cosa que le reprocha su mujer. Tiene un círculo de amigos ideológicamente afines con los que discute durante horas en su casa o en el café. Es enemigo acérrimo de recurrir a amistades o influencias para conseguir benefi-

cios de ninguna clase, por mínimos que sean. No acepta recomendaciones de ningún tipo. Tiene más dudas que convicciones, y ese continuo atormentarse por problemas sociales o morales cuya resolución cae fuera de su alcance, ese ser «la conciencia del mundo», como dice un personaje, le ha causado depresiones nerviosas gravísimas y tal vez le ha llevado a su temprana muerte. Esto es casi todo lo que sabemos de la manera de ser y de pensar de «este intelectual esforzado... que trabaja mirando hacia el futuro», como le describe Gonzalo Sobejano.

Lo malo es que este paladín de la modernidad, tal como lo presenta Delibes, resulta un tanto ridículo. Es un hombre de gestos más que de acciones. Viste mal, pero no por ahorrar dinero, sino porque le parece más propio del que vive en las altas regiones del espíritu. Hace bien en rechazar el soborno, pero no en tirarle un cordero entero, escaleras abajo, al padre del alumno que buscaba un recomendación. Se niega a recurrir a sus amistades para conseguir un piso de protección oficial, condenando así a su familia a seguir en un ático estrecho y frío. Deja de colaborar en un periódico de Madrid porque le han corregido la expresión «guerra civil» y han puesto «cruzada» en su lugar, lo que hace exclamar a su mujer: «¿A qué viene ese trepe y tirar por la borda seiscientas pesetas, que dos al mes eran mil doscientas, y te pones a ver y mil doscientas pesetas pueden ser el arreglo de una casa?». No quiso que su novia llevase en la boda traje blanco, sin duda por tratarse de una costumbre burguesa. En otras palabras, se obstinaba en ser irreprochable más que justo o práctico. Recuerda el «falso ejemplar» que pinta Ortega en uno de los ensayos de «El espectador»:

«En vez de procurar aventajarse en alguna de las tareas importantes del superior repertorio humano... el falso ejemplar tiene que comenzar por dar importancia a lo que no la tiene, a fin de poder ser en algo ejemplar. Y como es más fácil no hacer que hacer, su heroísmo se compondrá sobre todo de renunciaciones y abstenciones. El falso ejemplar no es el santo, sino el santón».

Su mujer se lo espeta de forma más cruda: «... nunca me cansaré de repetírtelo, hijo, que tú has pretendido ser bueno y solo has conseguido ser tonto, así como suena».

Como padre de familia, Mario deja bastante que desear, sobre todo a los ojos de su cónyuge. Los que están siempre pre-

ocupados con cambiar el mundo no suelen ser buenos administradores de su hacienda. Ya hemos aludido a algunas de esas «renuncias y abstenciones», como dice Ortega, y el resultado es que la familia tiene que vivir muy estrechamente, con carencias que para su mujer no son sólo privaciones, sino privaciones humillantes. La pobre Carmen tiene que patearse la ciudad para hacer las compras, pues su marido no ha sido capaz de proporcionarle ni un Seat 600, que «lo tenían ya hasta las porteras». No puede dar una cena en su casa, ya que no tiene más que una cubertería de alpaca, y se ve obligada a ofrecer solo «canapés». Su cuerpo está deformado por la maternidad y por el trabajo doméstico: «que una cosa que llevo muy a mal es que me vieses a mí reventada, todo el día de coronilla, y tú sentadote en tu despacho o charlando y fumando con tus amigos», y otra vez le reprocha: «si en vez de preocuparte tanto por saber lo que ganaban los demás (quiere decir los obreros y similares) te hubieras preocupado un poco más de ganarlo tú, otro gallo nos cantaría».

En sus relaciones con su mujer, Mario tiene además problemas de índole sexual. Por un lado su cónyuge sufre de celos al creer que él le es infiel con mujeres más intelectuales y «liberadas» que ella. Por otro, le parece ridículo en la intimidad marital: no cree que fuese virgen al matrimonio (como asegura él) pero le ofendió que no lo consumase la noche de bodas, «por respeto». Le ha dado cinco hijos, pero no ha habido armonía sexual entre ellos; el marido la ha tomado cuando le apetecía, sin contar con ella, desperdiciando los días infértiles y negándose a observar el método de Ogino par no ser «mezquino con Dios». Para cargar algo de culpa en el platillo de la esposa, Delibes le atribuye un adulterio frustrado con un antiguo amigo, nuevo rico, al que ella admira, poseedor de un Citroën «tiburón» deslumbrante, pero esa aventurilla, aún si se hubiese consumado, no bastaría a destruir la imagen que se forma el lector de una Carmen fiel esposa y madre, trabajadora, abnegada, frente a un Mario distraído en sus musarañas de justicia social, pero poco atento a su familia y en el fondo, mucho más egoísta que su mujer. *Malgrè* Delibes, Carmen resulta simpática, y su difunto marido poco amable.

Al final de las comedias del Siglo de Oro, un personaje, generalmente el gracioso, salía al proscenio y recitaba la morale-

ja de la obra. No sé si es esta antigua costumbre lo que le dió a Delibes la idea de hacer algo parecido, pues al fin del largo velorio con Mario, el hijo mayor del matrimonio entra en la sala, abre las ventanas y empieza a hablar de «ideas heredadas», de «hay que escuchar a los demás», en una palabra, de tolerancia. ¿A cuento de qué? ¿Es que ha pasado cinco horas escuchando al otro lado de la puerta el monólogo de su madre? Se trata sin duda de un «deus ex machina» que el autor juzgaba necesario para remachar el mensaje de la obra. A mí me parece, sin embargo, que el atractivo de «Cinco horas con Mario» no reside en su moraleja ni en su oportunidad ideológica, sino en el realismo y gracejo con que la monologuista habla de sí misma, de su marido, de sus respectivas familias, de sus amistades, trazando un riquísimo tapiz de relaciones sociales y familiares, de vergüenzas y orgullos, todo ello bordado con bien elegidos detalles (los obligados canapés, el italiano que seduce a Julia, el «tiburón» de Paco y su olor a tabaco rubio, etc.) Afortunadamente, el escritor de raza ha triunfado, a su pesar, sobre el polemista, sobre el ideólogo. Mario es un vago fantasma de corrección política. Carmen está viva, y no sólo en la literalidad de la novela; es vivaz y vital. Es todo un personaje. Pasarán muchos años y Carmen seguirá siendo un pequeño mito, quizás no tan grande como el Père Goriot o Madame Bovary, pero sí como Sotileza o Juanita la Larga. Mario no será nada.